
CAPÍTULO II

!!!TIERRA!!!

ERA la tarde del 11 de Octubre de 1492. Precisa-
ba, en vista de todo, pues, aparejar y aperebir
las ordenanzas y disposiciones conducentes al
próximo desembarco. El Almirante las traía muy pensa-
das, pues ni un minuto dudó en quince consecutivos años
del cumplimiento de sus previsiones y de la verificación
de sus proyectos. Comenzó en aquel momento revelador
por sondear, y encontró fondo, bien al revés de antes,
que flotaba sobre un mar insondable. Miró los celajes, y
columbró en las nubes, tan escudriñadas por los avizores
ojos del marino experto, correspondencias misteriosas
con costas y riberas indudablemente cercanas. Unió á
estas observaciones la observación de los vientos, muy
tranquilizadores, puesto que soplaban de todas partes con
suma variedad; y en esta variedad traían avisos múltiples
de las sinuosidades ingénitas á la parte firme del planeta,

en contraposición á la acuosa, que tan constante uniformidad presta con la uniformidad propia de sus senos al curso de los vientos. Así ordenó que bajasen las velas en cuanto les diera para ello la próxima orden; y, acercándose á la capitana en lo posible, quedasen al paio con ella. Insistió en el mandato de cerciorarse mucho del encuentro cercano con la tierra firme antes de atreverse á gritarlo, y juntó bagatela tan gentil como un jubón de raso, con el premio en oro decretado por los Reyes al primer anuncio del feliz encuentro. Como la línea se compone de puntos, y el tiempo de instantes, y el mar y el cielo de átomos, la invención del Nuevo Mundo debía componerse de invenciones en series muy graduadas y medidas como por una previa sistematización consciente y un previo plan reflexivo. De haber continuado Colón la rota dispuesta por él desde que zarpara de la Isla de Hierro, topa su nave con el territorio llamado la Florida hoy, es decir, con el continente; á lo menos con isla de grandor casi continental, como Cuba; pero en la desviación propuesta por los Pinzones, y admitida por él á última hora, estaba llamado á dar con un islote muy hermoso de aspecto, pero diminuto y baladí si lo parangonamos con el inmenso mundo, en cuyos mares navegaban ya. Mas no adelantemos los hechos, y ciñamos las narraciones históricas á la sucesión de sus enlaces lógicos en el tiempo. Á cada minuto sobrevenía una revelación. Cierta solitaria tórtola llegó revoloteando, una tórtola semidoméstica. Imaginaos lo que revelaba el animalejo. Al ver su plumaje sedoso y al oír su arrullo elegiaco, los

navegantes debieron acordarse de las viudeces del alma en cada cual, y ver las mujeres amadas en la tristeza del abandono, como aquella tórtola, y los pequeñuelos acostados en sus cunas, como las avecillas en sus nidos. Tal ave poética, en quien ha querido simbolizar la poesía un afecto de suyo tan indispensable á la vida como la fidelidad conyugal, despertaría en la mente de Colón el recuerdo de D.^a Beatriz, tan querida, causa primera quizá de su larga estancia en España, y vería junto á ella, tras las rejas y celosías de Córdoba, festoneadas por azahares y jazmines, los dos amados hijos, cuyo bien y cuya prosperidad entraban por mucho en los móviles determinantes de la peligrosísima empresa. Tras la tórtola vió también Colón desde la *Santa María* un junco verde, y en el junco verde una marisma ó lago campestre, y en la marisma ó lago campestre las riberas próximas, componentes de tierra firme. Pues así como la tripulación del barco almirante viera un junco, la tripulación del barco *Niña* vió un espino, uno de esos espinos que parecen coronas en los setos y ribazos andaluces, cargado todo él de majuelas maduras, que parecían corales por su purpúreo lustre. Pero la más afortunada entre todas las carabelas fué sin duda la *Pinta*, que dió con un objeto, demostrativo de la existencia de seres humanos en la inmediación y en el costeo de aquellas inmensas aguas extendidas ante los exploradores, tan suspensos de todo aquello que á su alrededor pasaba y tan atentos á todas las revelaciones ofrecidas por el espacio que recorrían. Y así vieron flotar un tronco, el cual parecía por humana industria de gran-

des árboles arrancado con instrumentos análogos á los usuales en Europa, indicio seguro de una tierra próxima poblada por una sociedad madura. Al verlo, echáronle como á un pez la red y en las mallas de ésta lo arrastraron á bordo. Estaba primorosamente trabajado, y este trabajo servía de indicio seguro al cumplimiento del feliz hallazgo y al encuentro con la requerida tierra. Comunicáronle á Colón el indicio, y tal nueva le sumergió en íntimas y secretas consideraciones, tanto respecto de su gloria, como respecto de su responsabilidad. Lauros para su frente, fama para su nombre, tierra para sus Monarcas, lucro para su hacienda, nobleza y bienestar para sus hijos; en el Océano Almirante; Visorrey en tierra; próximo á disponer de riquezas y ejércitos que le permitiesen recabar el Santo Sepulcro, perdido para siempre tras cuatrocientos años de luchas titánicas, vería el descubridor; pero si comparaba todas estas ventajas con todos los desvelos y todos los amargores anejos á su deseado goce, ¡ah! sentiría en su triunfo un dolor más agudo y más acerbo acaso que todos los sentidos en sus contrariedades y en sus desalientos.

Así, en cuanto ya estuvo cerciorado por completo de que andaba cerca de tierra, se apercibió á recluirse dentro de su camarote y comunicarse con sus internos é íntimos pensamientos, sugeridos por el cambio radical próximo en una vida como la suya, larga y provecta. Pero antes rezó. El crepúsculo vespertino tiñó con líneas rojas los bordes occidentales, donde se besan mar y cielo. Brisas misteriosas trajéronle al recuerdo el eco de la campana

despertando el rezo del Avemaría, sugerido por las lenguas de bronce á todos los fieles del orbe católico, al borrarse los encendidos arreboles del ocaso y brillar los relucientes luceros por las desiertas alturas. En parte ninguna toma el culto á María los poéticos tintes que le presta el mar. Como se halla el marino tan abandonado en las procelosas aguas, juguete, cual desarraigado leño, de los contrarios vientos, por los torbellinos amenazado siempre, con el aullido de las voraces olas en sus orejas y el abismo insondable bajo sus pies, acógese al manto que abriga la orfandad, al manto de María, como el niño se agarra en sus lloros y en sus contrariedades á las vestiduras de su próspera y amada madre. ¡Cuál consuelo ver entre las opaladas aguas y los horizontes rojizos, cuando los últimos rayos del sol infiaman las nubes del ocaso y los rayos primeros de la luna blanquean y argentan el Oriente, á la Virgen, deslizándose amorosa entre los esmaltes de las brisas y los esmaltes de las olas, con su manto celeste á los hombros, la vestidura blanca ceñida por todo el cuerpo, á sus pies la esfera del mundo, sobre sus cabellos la corona de astros, bajo las alas del divino espíritu, sobre los anillos de la tentadora serpiente, circuida del éter increado, absorta en la incomunicable audición de los coros angélicos, los ojos en éxtasis, el Hijo en los brazos, henchido de amor el pecho, como un iris de paz alzado entre la criatura y el Creador, para desenojar las iras del cielo é interceder por los pecadores del mundo! *Ave maris stella*, gritan á una las olas en las letanías sin fin que les presta la piedad sin igual del mari-

no; y á María consagran los pueblos marineros las blancas ermitas puestas sobre las cumbres que primero se ven á la vuelta, que más tarde, á la ida, se pierden cual faros espirituales alimentados por el místico aceite de las oraciones que reciben y bendecidos por las reliquias y por las ofrendas y por los exvotos que guardan. Así, el poeta de la duda en este nuestro siglo, aquel poeta, cuya inspiración tenía, como el espíritu de sus progenitores normando-sajones, vuelos de esas aves marinas que lanzan gritos agoreros, al volver una tarde primaveral desde las aguas del veneciano Lido á las aguas del interior lago, jaspeadas todas por trémulos iris de luminosas refracciones, parecidas á superficies y facetas de multicolores cristales; como las campanas de Venecia tocasen al Ave-maría del anochecer, comprendió la devoción de los marineros á la madre del Verbo, y unió su voz al coro universal que las almas conscientes y las cosas inconscientes le consagraban á una en aquellas cristalizaciones de las ideas y etereidades de la materia que genera de continuo el sentimiento religioso. Pues la salve de Colón, á la hora de contemplar el crepúsculo precedente á su milagroso hallazgo, acompañada por la robusta voz de aquellos marinos, confundida con los rumores oceánicos, debía tener un acento y una fuerza de atracción tales, que como gigantesco imán atrajese, de haberse hallado lejos, por intercesión de María, los escollos anteriores al Nuevo Mundo, en torno de su bendita carabela.

Después de rezar Colón, encerrado ya en su cámara, y dentro de su cámara en sí mismo encerrado, con ánimo

de mirar cara á cara los próximos instantes de su vida, ¡cómo el corazón palparía en su pecho y en su cabeza latirían las sienes! El triste loco de atar hallábase próximo á trocarse, por el encuentro de unos escollos, tan buscados y requeridos, en una especie de dios. Pocos hombres bajaron las gradas que Colón, en el aprecio universal, durante las dos primeras partes de su vida; ni subieron las gradas que Colón después de muerto. Su Calvario y su Tabor se tocan. De los menosprecios pasó á las idolatrías; de reído á glorificado. Natural nos parece que tuviera en el minuto sublime de lograrlo todo, una satisfacción indecible, pensando cómo iba pronto á vengarse de todos. Facultad en él culminante, la imaginación; carácter, el genio; virtud, la fe. Así, al conjuro de su palabra, unido con el esfuerzo de su voluntad, vió bajar el ideal abstracto á la viva y concreta realidad. Las tesis de una ciencia más ó menos fundada y las hipótesis con esas tesis congruentes pasaron á objetivarse de bulto á los ojos del alma suya, que había hecho lo atribuído al filósofo antiguo por tradicionales cuentos; arrancarse los ojos de la cara con el objeto de no ver la contradicción de los fenómenos en el mundo con las ideas suyas en el espíritu. Cierto que no están únicamente los fantaseos y las imágenes en aquel vastísimo genio, dotado también de una razón altísima; pero esta facultad suprema, la razón, se animaba en el vívido calor de su fantasía creadora, siempre radiosa y sin eclipse y sin descenso y sin ocaso. Merced á tal complexión interior suya, idealizó lo real como un artista, y realizó lo ideal como un político.

El sentimiento prestó á su idea fuego y la fantasía le prestó hermosura. El cálculo matemático y las nociones cosmográficas, que cualquier otro sabio de menor estética hubiera formulado en cifras algebraicas ó apotemas científicos, pasaron á constelaciones de ideas brillantísimas por el éter espiritual en que supo dorarlos y esclarecerlos su inspiración, esa inspiración generadora en él de todos los planes y próspera siempre hasta socorrerlo y asistirlo en los momentos de mayor y más viva contrariedad. Las almas verdaderamente grandes tan sólo llegan á divinas, cuando las matamorfosea, sublimándolas con sus sacudimientos eléctricos, la chispa celestial que llamamos sobrehumana inspiración. Y el descubridor la tuvo siempre y la tuvo súbita. Por eso la envidia no pudo llegar hasta el disco de su genio. Cuando parecía más apagado, se reanimaba, merced á esos toques divinos, de una inspiración misteriosa, pero lo más admirable de todo en él será un enlace verdaderamente sistemático de sus facultades, unidas en serie y sin solución de continuidad ninguna, como ahora se dice. La razón, que piensa, determinaba en él á la imaginación, que crea; la imaginación, que crea, determinaba en él al sentimiento, que ama; el sentimiento, que ama, determinaba en él á la voluntad, que quiere; la voluntad, que quiere, determinaba en él á la fuerza, que hace, y obra, y produce, pasando, por obra y virtud de tal correspondencia entre facultades tan admirablemente unidas y ligadas en serie rigurosa, desde las idealidades altísimas del teólogo y las visiones místicas del profeta y los alucinamientos magnéticos del soñador á los cálculos ma-

temáticos del sabio y á los esfuerzos heroicos del combatiente y del guerrero. Ninguno le aventajó en crear como en crear. Y no aventajándole ninguno en crear y crear, tampoco le aventajó ninguno en calcular y observar. Junto á una intuición celeste colocaba una experiencia útil; junto á las efusiones líricas de un himno religioso los números infalibles de una bitácora exacta. Sobre cada cosa veía una idea; y de cada idea el genio plástico suyo hacía una cosa; pues no se abstraía en el ideal, sino que lo concretaba, poniéndolo como en relieve á la mano de todo el mundo. Parecía que su pensamiento estaba fuera de él, ¿qué digo su pensamiento? parecía que él estaba siempre fuera de sí mismo. Y sin embargo, nadie tan reconcentrado en su pensamiento y tan mudo como él cuando quería reservarse y callar.

Con tamañas cualidades, no debe maravillarnos arrancara una gran parte del velo, que cubría la creación y sembrara con agujeros de luz eterna las perdurables sombras del eterno misterio. Fué creador porque su idea movió su actividad, y su actividad le llevó á considerarse causa primera en la revelación de lo creado y fuerza creadora en el universo material. Los mares aquellos por donde iba, estaban, como el mundo antes que Dios crease al hombre, sin alma: desde la embarcación en que navegaba, subíalo á conciencia de sí mismo, al dejar en sus espacios inmensos la estela del pensamiento humano. Verdad que no tendrá jamás el sér misterioso, á quien llamamos genio, la reflexión profunda y la fuerza lógica naturales en el razonador y en el filósofo; habrá en sus

intuiciones algo de la ceguera que hay en los poetas y en los amantes; tendrá por eso entre mil equivocaciones un solo acierto; pero en ese acierto intuitivo, creador, genésico, encerrará todo un mundo y todo un cielo el alucinado Colón. Los instintos, que abajo miran, rara vez yerran; y no yerran tampoco las intuiciones que miran arriba, siquiera sean aquéllos subhumanos ó animales, y sean éstas suprahumanas y casi angélicas. Con la razón andaba el descubridor por la esfera de los hechos naturales; con la imaginación volaba por el cielo de las causas primeras. Con la observación calculaba y adivinaba con la fantasía. Su observación reunía y sistematizaba fenómenos; mientras su presentimiento revelaciones y profecías. Como Vinci, como Buonarroti, como Vives, como los hombres primeros del Renacimiento, Colón se nos presenta múltiple, asceta y artista y marino y observador y poeta y vidente y negociante. Por el espacio celeste buscaba ideas al mismo tiempo que por el espacio terrestre buscaba oro. La ciencia lo iluminaba con la verdad; pero el arte y la religión, de que nunca llegó á desasirse, por italiano de nacimiento, y por católico de fe, le prestaron los esmaltes más bellos de su genio y los lauros más inapreciables de su gloria. Él hacía, como su tiempo, como la edad creadora del Renacimiento, una religión del arte; y de la religión una fuente viva de inspiraciones continuas. Había convertido, al igual de muchos pensadores contemporáneos, la estética en un Evangelio viviente; pero no puede, no, dudarse que la religión, la ciencia, el arte, esta trilogía sublime, hallaban en el alma

superior suya la unidad consustancial y suprema. En cada fenómeno hay una idea escondida; él abría los fenómenos, y encontrábala, como dentro de su concha, su recatada perla. Y cual sabía la cantidad que guarda de idea cada fenómeno; sabía lo que hay de práctico en cada idea. Y luego de saber lo que hay de práctico en cada idea, la cantidad que hay de idea en cada fenómeno; sabía lo que hay en las ideas de ideal, quiero decir, de universal, de permanente, de divino. Formaba los juicios sintéticos á priori, para ir luego á comprobarlos en el juicio analítico y experimental á posteriori. Así, esta dualidad increíble de su alma, produciendo una doble serie de fenómenos, tan diferentes, y aun opuestos casi, ha dado margen á juicios tan dispares acerca de su contradictoria persona. Como á donde llegó él, pocos llegan; á donde hoy está, pocos alcanzan. El genio nace y se pone por necesidad entre misterios, como el sol, tan luminoso, nace y se pone á su vez entre crepúsculos. Si lejos de haber sido cosa real el descubrimiento, fuera cosa ideal, un sistema, en vez de un mundo, quizá no se lo reconociéramos, como hay muchos que no quieren reconocer el Cristianismo á Cristo. En Colón hay lo impersonal, como su noble ambición de aumentar los fieles católicos y de reconquistar el Santo Sepulcro, con mucho de personal, como sus capitulaciones, sus ajustes, sus regateos, sus acaparamientos de atesorador y avaro. Mas ideó, creyó, razonó, y adivinó como nadie. Interrogó la Naturaleza con insistencia. Y después de haber ideado una hipótesis científica, la sujetó á larga comprobación experimental. Así, hay en él un